



La muerte de Abascal

Tampoco hay garantía que no se venza. Florestán

Ayer, con una irresponsabilidad que refleja una ligereza y falta de rigor que asusta, se informó de la muerte de Carlos Abascal, el ex secretario del Trabajo y de Gobernación del régimen Fox, que podría no gustar por su acendrada religiosidad pero que nunca engañó a nadie con eso.

Este hijo del fundador del sinarquismo, Salvador Abascal, relevó a Santiago Creel en Bucareli cuando éste, como carta hereditaria de la *pareja presidencial*, dejó el cargo para buscar más que la candidatura del PAN, lo que le aseguraban sus promotores en Los Pinos: la Presidencia de la República.

En aquel vacío llegó Abascal desde la Secretaría del Trabajo, y a decir de los que, opositores, lo trataron en Gobernación, siempre ofreció un trato respetuoso y eficaz.

Al terminar el foxiato, ya con la salud mermada, en parte, por el descuido que tuvo consigo mismo como secretario de Gobernación, regresó al PAN y afloraron las consecuencias de aquella liviandad, la única que se ha permitido en su vida: le diagnosticaron un cáncer, tan terrible como avanzado, en el que lo único que quedaba era, más que una intervención quirúrgica, una obra de ingeniería fisiológica.

Nos reunimos a comer, lo que nunca hicimos cuando fue funcionario, y me detalló lo delicado de su salud, lo férreo de su voluntad y reiteró su inquebrantable fe en Dios para salir adelante.

El lunes por la noche, una fuente impecable me comentó la gravedad en la que había entrado, y ayer al mediodía se informó de su fallecimiento.

Gente seria lo dio como un *hecho* que nadie se ocupó de confirmar.

En esas circunstancias recurrí al indispensable método del ejercicio periodístico: confirmar, y marqué su número con la sorpresa, agradable, de que a quien habían dado por muerto me estaba contestando la llamada con una voz, sí, débil, pero con la misma determinación.

"Aquí bien, gracias a Dios, me dijo, batallando con esta enfermedad bajo vigilancia médica. Lo que me han dicho es que este tipo de padecimientos requieren tiempo, requieren mucha paciencia, mucha perseverancia y también requieren mucha alegría para seguir adelante porque son cosas que nos pueden pasar a cualquiera y que son parte de la vida y que hay que enfrentarlas con alegría, con mucha esperanza, con mucha fe en Dios porque al final nadie es dueño de sí mismo.

"Siempre es oportuno hacer altos en el camino y siempre es oportuno revisar afectos pendientes y sí, en efecto, todo esto me ha ayudado a volver a poner en orden mi vida, que normalmente ha estado siempre muy en orden, gracias a Dios.

"Vengo de la casa del Padre, quien me creó, y regreso a la casa del Padre para dar cuenta de cómo administré los talentos que él me dio para que yo los pusiera al servicio de los demás", terminó diciendo, en el ocaso de su vida.

Nos vemos mañana, pero en privado. ■■
lopezdoriga@milenio.com

